

UNO MAS UNO

“Hay muertos, pero lo que no hay son explicaciones”

de la primera

Si se comienza por la última, tenemos la más viva definición y el más descarnado retrato de lo que es la filosofía, el desarrollo y el balance de una dictadura militar, de un perfecto Estado represor. Hay una perfecta sincronización entre el filósofo Saint-Jean, el ejecutor Videla y el sepulturero Viola, decidido a echarle tierra encima hasta a “los ausentes para siempre”.

Después de eliminar a millares de personas incluidas en los otros rubros de Saint-Jean, lo único que consiguieron los militares argentinos es aumentar el número de indiferentes, como se demostró en noviembre pasado, cuando el general Viola se presentó en la televisión para hablar por primera vez como presidente “electo”: el canal que transmitió la entrevista cayó durante ella al último lugar de audiencia, debido, según la investigación efectuada por los servicios militares de espionaje a “un preocupante grado de indiferencia con respecto a la evolución de los asuntos públicos”.

Esa indiferencia popular, sumada a las fuertes presiones de los “puros y duros” guardianes del pomposo “proceso de reorganización nacional” y a la más grave y profunda crisis económica padecida por el país, hacen prever que Viola tendrá que aplazar temporal o indefinidamente su intención de crear un partido político gubernamental denominado Movimiento de Opinión Nacional (MON), como primer paso para llegar a una apertura política sin arriesgarse a un rotundo fracaso electoral. Ese partido, cuya muestra o embrión sería el gabinete más los seis gobernadores por él nombrados, estaría integrado por pequeños partidos centroderechistas del interior del país, enlazados nacionalmente por la Fuerza Federalista Popular (FUFEPO), el también pequeño Partido Demócrata Progresista y disidencias de los partidos tradicionales.

Ni siquiera ese proyecto ambicioso puede dar tranquilidad al general Viola

ahora que heredó al dictador Videla y se sienta en el sillón de Rivadavia como cuadragésimo Presidente de la República Argentina. Tiene a su favor la oportunidad de clausurar lo que los sindicalistas de la CGT denominan “el lustro infame” y Raúl Alfonsín, uno de los líderes de la Unión Cívica Radical, llama “la etapa más negra de nuestra historia”. Pero tiene contra él la herencia nefasta de su amigo Videla — “muy amigo”, dirá irónicamente hoy su compadre Viola—, que le deja otros muchos problemas: la decisión sobre la libertad o no de María Estela Martínez de Perón, *Isabelita*, la disputa con Chile sobre el Canal de Beagle y, sobre todo, la pregunta lacerante que las madres de más de 7 mil desaparecidos —ellas aseguran que son de 25 a 30 mil los que están en esa condición— le gritan ya al nuevo general-presidente desde su tradicional palco de la Plaza de Mayo: “¿Dónde están nuestros hijos?”.

Y Viola no parece dispuesto a ir más allá de repetirles que “sus hijos son los ausentes para siempre”, al traer a la realidad política madura la ficción infantil de los hombres invisibles. Aprovechándose del respaldo y prestigio que le dio el presidente Ronald Reagan, Viola dejó bien claro que no habrá ninguna investigación sobre las ‘desapariciones’, al mostrarse convencido de que lo que hubo en Argentina fue una guerra y hasta ser descortés con los yanquis: “si las tropas del Reich hubieran vencido —dijo el general Viola en entrevista colectiva en Washington—, el juicio no hubiera sido en Nuremberg, sino en Virginia”.

La misma insolencia de aquel jefe nazi en Nuremberg que manifestó al juez que si ellos hubieran ganado la guerra sus funciones serían inversas. Especialista en la *guerra sucia*, como los mismos militares argentinos la llaman, y cerebro del golpe militar que derribó a Isabelita Perón, Viola no dudó en abogar en Estados Unidos por esa tesis absurda: los criminales son quienes matan menos perso-

nas, los más débiles, los que pierden la guerra. La victoria es superior a la justicia. Si Nuremberg o Virginia dependían del triunfo en el campo de batalla, quiere decir que, a nivel individual, el criminal no es el asesino sino la víctima, el que pierde.

Pero ¿cuál es el fin en esa *guerra sucia* en que todos, vencedores y vencidos, son argentinos? El informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA dice bien claramente que “por acción u omisión de las autoridades públicas y sus agentes, en Argentina se cometieron durante el periodo de 1975 a 1979 numerosas y graves violaciones de los derechos fundamentales”. La tesis de Viola de que hubo una guerra no se la cree ni el mismísimo Departamento estadounidense de Estado, que en 1977 informó a la dictadura argentina que “solamente un 14 por ciento de los presos, porcentaje muy pequeño, puede considerarse subversivo”, porque los restantes simplemente se oponían a la política del gobierno.

Es verdad que los militares argentinos vencieron en esa *guerra sucia*, pero también lo es que no convencieron en lo que denominan ellos paz. Viola tiene una misión urgente: producir hechos que permitan a los argentinos recuperar la credibilidad. No es suficiente autoimprimirse un estilo bonachón y risueño, a imitación del presidente brasileño Joao Baptista Figueiredo, para romper la indiferencia y la incredulidad de sus compatriotas. Tiene que demostrar con hechos importantes que es seria su promesa de llevar a una nueva etapa democrática al país. Viola tiene que convencer a todos de que dispone de absoluta libertad de acción, porque, formalmente al menos, Viola no ascendió ayer al colocarse la faja presidencial, sino que descendió un peldaño en la escalera del poder, porque hoy, como presidente, está subordinado a una junta militar de la que él ya fue triunviro privilegiado hasta que en 1979 pasó a la reserva, como primer requisito para aspirar a la Presidencia de la República.